

ALL !N CON JORDAN EASLEY

¿Qué quieres que te haga?

Preguntas que Jesús hizo | Parte 4 | Marcos 10:46-52

INTRODUCCIÓN

Hace un tiempo, estaba en la fila de Starbucks detrás de un hombre que claramente no era de cafeterías — miraba el menú como si estuviera escrito en otro idioma. La barista sonrió y le preguntó qué le podía preparar, y él se congeló: «Ehhh... no estoy seguro». Ella lo intentó de nuevo, enumerando macchiatos, capuchinos, lattes, frappés — «¿Cuál quiere?» — y él solo se quedó ahí parado mientras la fila crecía detrás de él. Por fin dijo: «Señorita, solo deme lo que usted crea que necesito». Me reí al escucharlo, pero después me pegó: así es exactamente como muchos nos acercamos a Dios. Venimos a Él en oración pero no sabemos realmente qué queremos que haga. Decimos «Señor, bendíceme», pero nunca definimos qué significa eso. Decimos «Señor, ayúdame», pero nunca explicamos qué clase de ayuda pedimos — y luego nos preguntamos por qué nuestras oraciones se sienten sin poder.

En Marcos 10, Jesús miró a un ciego llamado Bartimeo e hizo una pregunta que creo que sigue haciendo hoy: «¿Qué quieres que te haga?» (v. 51). Durante siglos la gente se ha preguntado por qué Jesús —siendo Dios y sabiéndolo todo — haría una pregunta. Esta es la respuesta que vale la pena anotar: Jesús no hace preguntas para obtener información; las hace para invitar a la transformación. Él ya sabe lo que necesitas, pero quiere que lo nombres — que des un paso de fe y lo digas — porque algo sucede cuando articulas la esperanza que llevas. Para sentir el peso de esta pregunta, hay que imaginar la escena. Jesús salía de Jericó en el tramo final hacia Jerusalén y la cruz, con el camino lleno de peregrinos rumbo a la Pascua. Bartimeo —cuyo nombre significa «hijo de honra», aunque nada en su condición parecía honroso— estaba sentado junto al camino, ciego, pobre y olvidado, mendigando monedas y escuchando las vidas de los demás pasar de largo. Entonces lo oyó: «Es Jesús nazareno». Algo dentro de él cobró vida, y empezó a gritar.

PUNTOS CLAVE

1. No dejes que la multitud silencie tu clamor

Casi todo milagro comienza con alguien que se niega a quedarse callado. Bartimeo pudo haber creído que su voz no importaba y que su situación era demasiado pequeña para la atención de Jesús, pero en vez de eso alzó la voz más fuerte: «Y muchos le reprendían para que callase, pero él clamaba mucho más: ¡Hijo de David, ten misericordia de mí!» (Marcos 10:48). La palabra para «clamar», el griego *krazo*, significa gritar con intensa emoción — un clamor crudo, sin pulir, sin ensayar, que brota del dolor profundo y de una fe desesperada. Y fíjate cómo llamó a Jesús: «Hijo de David», el título mesiánico, una declaración de que Jesús era el Salvador prometido. La multitud veía a un maestro de Nazaret; Bartimeo veía al Redentor de Israel. Esa es la ironía de la historia — el ciego vio quién era Jesús realmente antes que nadie.

Cuando clamó, la multitud intentó silenciarlo. Marcos dice que lo «reprendían»; es la misma palabra que se usa cuando Jesús reprendía a los demonios — no le pedían con cortesía que bajara la voz, le decían con dureza que se callara. ¿Por qué? Porque la fe desesperada siempre incomoda a la gente cómoda. La multitud quería orden y control; Bartimeo quería a Jesús. Eso hace la fe verdadera — traspasa la resistencia y no se intimida ante la oposición. Siempre habrá «multitudes» que traten de callar tu fe: voces que dicen «no molestes a Dios con eso», o «ya has orado suficiente», o «estás haciendo demasiado ruido». Tal vez tu multitud hoy es el miedo, o la vergüenza, o personas que no entienden tu fe. Cuando la vida se pone ruidosa, es justo entonces cuando clamas a Dios aún más fuerte — porque «Jesús, deteniéndose» (v. 49) no se detuvo por la multitud; se detuvo por el clamor. Ese es el corazón del evangelio: servimos a un Dios que todavía se detiene cuando clamamos a Él con fe.

2. No dejes que tu pasado defina tu futuro

Jesús les dijo a los discípulos: «Llamadle», y ellos le dijeron a Bartimeo: «Ten confianza; levántate, te llama» (v. 49). Luego viene un detalle cargado de significado: «Él entonces, arrojando su capa, se levantó y vino a Jesús» (v. 50). En aquel entonces, la capa de un mendigo no era solo ropa — era símbolo de su identidad, su condición y su lugar en la sociedad. Era su manta de seguridad, su sistema de supervivencia, incluso su permiso oficial para

mendigar. Así que cuando Bartimeo la arrojó, fue más que un acto físico; fue una declaración espiritual: «Ya no voy a necesitar esto». La palabra griega para «arrojar», *apotithemi*, significa lanzar algo bien lejos — el mismo verbo que Pablo usa en Efesios 4:22 cuando dice «despojaos del viejo hombre». Eso hace la fe: suelta las cosas que antes te definían para que puedas entrar en quien Jesús te creó para ser.

Aquí es donde muchos nos quedamos atascados. Queremos el milagro, pero no queremos soltar la vieja mentalidad; queremos ver diferente, pero no queremos vivir diferente. Bartimeo nos enseña que la fe no se trata solo de recibir algo nuevo — se trata de dejar algunas cosas viejas. Entonces, ¿qué capa necesitas arrojar hoy? Tal vez no es una tela sino una etiqueta que alguien te puso: «Fracaso». «Divorciado». «Adicto». «No suficiente». O tal vez es un patrón — una vieja forma de pensar, un pecado familiar, un sentido de vergüenza que has cargado demasiado tiempo. Cuando Jesús llama tu nombre, no puedes quedarte envuelto en aquello que Él vino a quitar. Arrójalos, y da un paso hacia Él.

3. No te pierdas la pregunta que podría cambiar tu vida

Bartimeo creyó, clamó, halló su valor y vino corriendo — y ahora Jesús lo mira y le pregunta: «¿Qué quieres que te haga?» (v. 51). Suena simple, hasta obvio, pero es una de las preguntas más profundas que Jesús jamás hizo, porque Él ya sabía exactamente lo que Bartimeo necesitaba. No preguntaba para obtener información; invitaba a Bartimeo a decirlo en voz alta y declarar específicamente lo que le estaba creyendo a Dios. La palabra griega para «querer», *thelō*, significa «querer, elegir, determinar» — Jesús no solo ofrecía un favor, invitaba a Bartimeo a alinear su voluntad con el poder de Dios. Era como entregarle un cheque espiritual en blanco y decirle: «Llena la línea. Dime qué estás pidiendo».

Pero ahí es donde muchos vacilamos, con miedo de pedir con audacia. Una vez, en una iglesia anterior, un hombre muy conocido sacó su chequera, se inclinó y me dijo casi en un susurro: «Pastor, solo dígame — ¿cuánto necesita?». El proyecto era de millones de dólares, y me congelé. ¿Le doy un número pequeño y seguro, o la cifra completa y arriesgo espantarlo? Jugué a lo seguro y nombré una cantidad que sabía que podía manejar con facilidad. Ni siquiera parpadeó — escribió el cheque, me dio la mano y se fue — y hasta el día de hoy me pregunto qué habría podido hacer si yo hubiera tenido el valor

de pedir. Ese momento cambió mi manera de pensar sobre la oración, porque Santiago 4:2 dice: «No tenéis lo que deseáis, porque no pedís». A veces limitamos lo que Dios hace porque limitamos lo que estamos dispuestos a pedir; le damos oraciones seguras porque las oraciones audaces nos ponen nerviosos. Pero la pregunta de Jesús es una invitación a una fe mayor: «No encojas tu petición para que quepa en tu entendimiento. Confía en mi poder más que en tu comodidad». Bartimeo lo modeló a la perfección — no vaciló: «Maestro, que recobre la vista» (v. 51). Esa palabra «Rabboni», usada solo dos veces en la Escritura, significa «mi Maestro» — es personal e íntima. Bartimeo quería más que lo que Jesús podía hacer; quería a Jesús mismo. Así que pide con audacia, pide específicamente, pide con expectativa.

4. No te detengas en el milagro — sigue al Maestro

«Y Jesús le dijo: Vete, tu fe te ha salvado. Y en seguida recobró la vista, y seguía a Jesús en el camino» (v. 52). Esa última línea es uno de mis momentos favoritos de la historia, porque Bartimeo no solo recibió un milagro — entró en una relación. Pudo haber cobrado el cheque y regresado a casa a disfrutar su sanidad en privado, pero en vez de eso se levantó, abrió los ojos y empezó a caminar en la misma dirección que su Salvador. Hay un mundo de diferencia entre ser un consumidor de milagros y un discípulo de Jesús. Mucha gente ama las obras de Jesús pero resiste los caminos de Jesús — quieren su poder pero no su presencia, sus bendiciones pero no su señorío. Bartimeo nos muestra la fe genuina: una fe que no solo recibe de Jesús sino que camina con Él después. Y no olvides hacia dónde iba ese camino — hacia Jerusalén, hacia la cruz. Sus primeros pasos como nuevo creyente fueron pasos hacia el Calvario, que es lo que el discipulado realmente es: seguir a Jesús no siempre lleva a la comodidad, pero a menudo lleva a la cruz.

La meta suprema de la fe no es obtener algo de Jesús — es llegar a ser más como Él, y eso solo sucede cuando te entregas por completo y lo sigues pase lo que pase. La fe verdadera se mueve antes del milagro; actúa antes del resultado y obedece antes de entender. Esa es la diferencia entre creer y tener fe: la creencia pasiva dice «sé que Jesús puede», mientras que la fe activa dice «doy el paso porque sé que lo hará». El Salón de la Fe en Hebreos 11 no enumera a personas que creyeron en silencio sino a personas que se movieron con audacia — Noé construyó el arca antes de que cayera una gota de lluvia, Abraham salió de su casa sin saber a dónde iba, Moisés entró al Mar Rojo.

Cada uno de ellos actuó antes de ver. Tal vez Dios te invita a moverte hoy — a perdonar a alguien, entregar algo, servir donde Él te ha estado impulsando, dar de una manera que te cueste, o confiar en Él otra vez donde habías dejado de creer. No esperes hasta que todo tenga sentido. Bartimeo vino pidiendo vista, pero Jesús le dio salvación; quería sus ojos abiertos, y Jesús le abrió toda la vida. Ese es el Salvador que servimos — siempre da más de lo que pedimos. Y todavía hace la misma pregunta hoy: «¿Qué quieres que te haga?». Porque la fe que se queda quieta se pierde el milagro, pero la fe que da un paso al frente siempre encuentra a Jesús.

PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR

1. Bartimeo se negó a dejar que la multitud silenciara su clamor. ¿Qué «multitud» —el miedo, la vergüenza, las opiniones de otros o tu propia duda— ha estado acallando tu fe, y cómo se vería clamar a Dios más fuerte esta semana?
2. Bartimeo «arrojó su capa» — la identidad que lo había definido y limitado. ¿Qué etiqueta o patrón necesitas arrojar para dar un paso hacia Jesús, y qué te hace difícil soltarlo?
3. Jesús preguntó: «¿Qué quieres que te haga?». Si te lo preguntara hoy, ¿cómo responderías — y dónde has estado orando oraciones «seguras» en lugar de pedirle con audacia, específicamente y con expectativa?
